

del carajo: ¡Vístanse—, coño, rápido! Palo en mano, salió de entre unas matas el policía. ¡Qué vaina! Tenía encima tal pea que pendulaba como los pasos en días santos.

—Los he estado aguaitando porque quería agarrarlos infraganti, según dice el juez Barcia. Les permito vestirse por no verme obligado a conducirlos a la cárcel desnudos. Los cuerpos del delito serían prueba evidente pero, además, se mearon en la orden alcaldicia y eso agrava el delito cometido. Vamos, carajo! ¡Andando!

Los padres de los reos, debidamente convocados por el Alcalde, prometieron amonestar a los adanes por su micciónico irrespeto, pero sólo a Felipe le sollaron las nalgas pegándole con ramas de pingamoza. Lo hizo Cairote por órdenes del Ñopo. Paco de mierda hijo de puta.

Desde pequeño, Felipe andaba siempre con el tasajo al aire. Siendo apenas un niño de siete años, Chon Candela fue a bañarse a la poza (coto privado de las damas) y lo llevó consigo. Por prudencia, prefirió no bañarlo y lo hizo sentarse en una piedra que era de cierta altura y estaba justo al borde de la alberca.

—Cuidado, Chon. El niño puede caerse al agua —le advirtió Moniquita.

—Sabe nadar —repuso la aludida— y lo hace mejor que un negroencuero. Ya lo verás. Desnúdate, Chompipe.

Le bastó un santiamén para encuerarse, pero apenas lo hizo se formó el gran relajo, pues Felipe, niño precoz, estaba erecto y era de porte heroico.

Moniquita Ceballos que, con el torso al aire, se estaba enjabonando los senos se cubrió ruborosa y arguyó: —¡Qué chiquillo! Ahora entiendo por qué me los miraba como hechizado. Años más tarde, al filo de la audaz: pubertad, Chompipe repitió la experiencia, pero con menos éxito. Por ganar una a puesta se desnudó en plena alberca repleta de novicias. Las airadas bañistas no perdonaron la osadía del intruso y formularon una queja al Alcalde quien a su vez hizo que Ñopa santiguase al culpable con ejemplares chicotazos.

La playa había quedado desierta. La marca iba bajando y el sol, en el cenit, caía de plano con sofocante filo.

Pipe y el Mogo Tin pusieron los húmedos vestidos de baño.

Felipe llamó aparte a Serafín.

—¿Qué tal te fue con la gringuita Pamela?

—¿La conoces?

—Es sobrina de la gringa McLean.

—Fue ella quien me indicó lo bien que se foguea en el pontón. Creo que Marino y su hembra regresarían a la ciudad bien temprano. Con cierta reticencia aceptaron acompañarme a la isla, pero de todos modos me dijeron que preferían pasar de incógnito. ¿Ida Durgel es algo tuyo? ¿No existe un parentesco entre tú y ella...?

—Aunque es menor que yo, ella es mi tía, pero la veo muy raramente porque ella vive desde hace muchos años fuera de la isla.

— Tiene aire de gitana y es bonita. ¡Qué buena está! Marino se babea por cogérsela.

—¿Quién no? Por ella yo mandarí al carajo el parentesco.

—Con Marino, Ida es terca. Sin boda, nopis, pero anoche se alegró con los tragos. Lo que de fijo las ablanda es el guaro. Pamela e Ida trabajan en la Zona del Canal. Son secretarias en la escuela privada de una sueca donde también estudian canto y baile. A ambas las enardecen sobre todo las danzas epilépticas de moda. La otra noche, en una fiesta de amigos míos solteros, Pamela e Ida, achispaditas, hicieron **strip-tease**.

—Y, desde luego, se formó el cogenalga.

—No exageres. Son muchachas formales. Bailaron en penumbra un fragmento de la **Rapsodia húngara**. Lo hicieron de manera estupenda, porque además de ser buenas en ballet, se apasionan. Las aplaudimos mucho. Eso fue todo.

Ida Durgel casi era contemporánea de Felipe. Hija de Chon Candela, Chompipe contrastaba con ella, pues Ida era una bella mestiza de bellos ojos glaucos. Nació cuando Delfina aún vivía. Por eso Chon Candela la hizo pasar como hija de gringo. El desembarco de marines en la isla era frecuente desde los tiempos en que se abrió el Canal. Malas lenguas dieron en sospechar que a lo mejor la niña podía ser de Saldaña o de Cairote debido a que ambos eran fulos, pero lo cierto es que Ida era hija del Ñopo.

Ida y Marino se criaron casi juntos en la isla. La prudencia aconsejó separarlos. Luego, viviendo en la ciudad, siguieron viéndose y aunque tales encuentros eran furtivos, encendieron el fuego que al poco tiempo calentó las calderas.

—¿Nos vamos, periodista? —gritó a lo lejos Zósimo Chen.

Al despedirse de Felipe, Seraffn le explicó:

—Debo volver a la ciudad. Fui el único reportero que olió el tocino. Le quiero dar a esta noticia un gran despliegue. Mañana **El Diario** saldrá con un soberbio reportaje. Fue por eso que me traje al fotógrafo. Lástima que el Alcalde no lo dejó tomar la foto de los presos desnudos. Me voy. ¡Adiós! No quiero que la lancha me deje.

Pipo y el Mogo, íngrimos en la playa, cruzáronse a la rada del muelle inglés y, tras nadar un buen rato sin alejarse mucho de la orilla, se sintieron cansados y echáronse a dormir sobre la arena.

Felipe Se sentía preocupado. Vagas ideas cruzaban por su mente. Jamás se había sentido tan fatigado y tan inútil para cualquier esfuerzo.

Mayor y mas prudente que Felipe, el Mogo Tin no quiso nadar hasta una de las chalupas ancladas en la rada. Era más fuerte, más experimentado en mil faenas y protegía a Felipe; pero en cambio era tímido con las mujeres. Con ellas era un hombre indefenso. Felipe lo ayudaba, le amortiguaba el hambre con gringas endrogadas. Ambos podría decirse que se complementaban.

El Mogo se había negado a la aventura de nadar mar afuera porque, según decía, los tiburones merodean con frecuencia junto al morro durante la vaciante.

Por culpa del demonio poco faltó esa vez para que el tiburón los alcanzara. Sin darse cuenta del peligro, embarcados en el pequeño chingo de Zósimo, se fueron alejando de la orilla conscientes de que el bote era inseguro por su escaso calado. De pronto comenzaron a oír voces de alerta. Era la clave de que había tintorerías. Repleto de agua, el chingo se iba hundiendo. Los gritos proseguían. El Mogo y yo, achicando, mirábamos hacia un lado y al otro. No había señal alguna. De pronto el Mogo vio, noto el peligro. A pocos metros se acercaba la aleta del tiburón. Se aproximaba nadando en círculos concéntricos. El Mogo era cobarde. Me

decía: achica rápido. Los nervios me atacaron. La canoa se volcó. Carajo, coño, nos jodimos, achica. Sólo los muy expertos podían subir a un chingo volcado en alta mar. A pocos metros el espolón rondaba. Logramos achicar, subir a prisa, remar hasta la orilla y, al ensecar el chingo caímos acezantes sobre la arena.

Poco después el Mogo me dijo, reflexivo:

—¡Qué vergüenza, Chompipe! Un susto inútil. Si no nos devoró fue simplemente porque no estaba hambriento.

—Tienes razón —le dije—. Cuando yo estaba chico casi estuve en las fauces de uno de ellos. Sé que son muy veloces y voraces.

Con todo y eso, Felipe no pudo contenerse. Quiso llegar a nado a la chalupa que parecía cercana. Dejó al Mogo dormido se echó al agua tranquilo y, sin premura, se dio a braccar hacia la nave.

Fuera del compañero no había nadie en la playa.

Llegó agotado a la chalupa que, sin lastre, sobresalía del agua y era difícil solevarse hasta el borde. Felipe procuraba sostenerse aun con los dientes, pero todo era inútil. Se dio cuenta de que le era de todo punto imposible abordarla. No tuvo más remedio que echarse al agua nuevamente con la intención de regresar. Trató de hacerlo nadando lentamente, pero sentíase exhausto. Se daba cuenta de que le era imposible sostenerse lo más mínimo a flote, de que se estaba hundiendo e iba a ahogarse si alguien no le prestaba ayuda. Sintió el terrible miedo de la muerte y aun sofocando la vergüenza que aquella cobardía le producía, llamó desesperado al amigo:

—¡Me estoy ahogando! ¡Ven, ayudarme, Mogo!

Pero el Mogo dormía como un bendito. Hubo un momento en que Felipe dejó de verlo. Ya no estaba dormido en el mismo sitio.

De pronto oyó una voz que le dijo:

—No pierdas los estribos. No me abrases. Agárrate de mi hombro solamente.

Así lo hizo.

Quien lo salvó fue el hombre de la barba nazarena.

Al recobrase, ya fuera de peligro en la playa, le quiso demostrar su gratitud, pero a su lado solo dormía tranquilo el Mogo Tin.

Remeciéndolo lo sacó de su sueño. Le contó, hecho un azogue, lo que acababa de ocurrirle. Buscó con la mirada al hombre extraño. No estaba.

—No jodas, Pipe. Todo eso lo has soñado. Sigues bajo el efecto de la juma. Chupamos demasiado, Chompipe. Pienso que se nos fue la mano.

—No he soñado un carajo.

—Creo que entonces te salvó Jesucristo.

### III

## Triunfal entrada de Jesús en Jerusalén

En la clara quebrada de Barlovento solo Mimila se bañaba.

La ley de la costumbre establecía que esas aguas seguían aún siendo coto privado de compañías foráneas que en épocas remotas habían avituallado a los enormes paquebotes sureños.

Al abrirse el Canal, las dos empresas que ofrecían tal servicio quedaron como al paio. Sus obreros, cesantes, tuvieron que emigrar hacía las grandes usinas de la moderna zona canalera. Las diversas instalaciones y el muelle fueron abandonados. Las casas de madera, solitarias, se iban pudriendo poco a poco, carcomidas por la inacción y la húmeda pereza. Un sereno antillano, el negro Ambrosio, custodiaba los bienes de la naviera inglesa, pero él, que asidua amante andaba en güimba, cumplía muy mal su cometido.

La cantarina y nítida vertiente seguía siendo propiedad extranjera y era considerada como tina especie de tabu donde inocentemente y sin que nadie la viera, Mismila se bañaba desnuda.

Una fatal operación de las amígdalas le hizo perder la voz y a falta de ésta, Mimila se expresaba con el diestro lenguaje de las manos.

La abuelita Balbina tuyo que transigir con lo difícil que era para la nieta ir a la escuela. No porque la azoraran los alumnos sino porque en verdad era un estorbo para el curso normal de las lecciones pues su lenguaje mímico requería a todas luces una dedicación especial. Por tal motivo, mientras llegaba cierta ilusoria beca ofrecida por Marino, Balbina aleccionaba a la nieta y le enseñaba las reglas del oficio que consistía en practicar alumbramientos.

Aparte de ayudar a la abuela en sus partos, cosa que hacía en contadas ocasiones, Mimila pastoreaba a la borrica, cocinaba y atendía a los deberes de la casa.

Barrabas se encargaba de custodiar la huerta y evitar el arrimo de los merodeadores como Felipe. Era, pues, el custodio de la honra de la casa que estaba entre las piernas de Mimila.

Como Pelusa fue exiliada en vil repudio de sus malas costumbres, el perro de Balbina tuvo que irse a vivir a la casona por unos cuantos días.

—Sí, señora Delfina. La borrica es arisca y Barrabás la alebresta. Durante los días Santos es preferible mantenerlo en el pueblo para evitar dificultades. Téngalo aquí en su casa mientras tanto.

Felipe estaba en ascuas pero a sus anchas. Sólo había que esperar la ocasión propicia para sus nupcias con Mimila.

Para vengarse de la acémila tenía consigo un cohete grande que se robó en la iglesia. Era de los que reservaban para el gran arco del Domingo de Ramos. También llevaba grasa, por si acaso.

Socolando el traspatio de Balbina, Felipe habla sudado un día tras otro cumpliendo su faena que, dicho sea de paso, le dio oportunidad de hacer sus círculos y tener todo listo para salirse a tiempo con la suya.

Mientras ejecutaba su fajina, Felipe había tenido cuidado de vigilar las horas en que Balbina se iba atender a sus pacientes. Ella tenía a su cargo los festejos del Domingo de Ramos, y había dado las órdenes para que varios hombres armaran y adoraran con pencas el gran arco pasando por el cual se simulaba la entrada de Jesús en Jerusalén.

Cuando Balbina cumplía con sus deberes, Mimila se encerraba en la casa a piedra y lodo. Era el momento que Felipe esperaba. Quería vengarse de la burra por haber pretendido ser su esposa. Pera esa tarde Mimila estaba aseando a la borrica. La estaba cepillando, la almohazaba, lustraba su pelambre, embelleciéndola para el paseo triunfal de ese domingo con Jesús Nazareno sobre su lomo.

Oculto tras la valla que le brindaban unas matas, Juan Felipe ya estaba impacientándose, pues deseaba estar solo con la suave y complaciente borrica sin que Mimila se enterara.

En ese instante, de manera imprevista, cayó formando estrepito una penca que asustó a la borrica. Lo grave era que se podía caer barranca abajo porque iba reculando. Mimila la aferró del ronزال, pero la bestia, terca y más fuerte que ella, amenazaba llevársela consigo al precipicio.

Felipe se dio cuenta del peligro y acudió a sostenerla. La mudita no se atrevía a hacer ruido ni a soltar el cabestro porque si la borrica se caía al despeñadero, adiós antífonas jerosolimitanas.

Felipe la ciñó por el torso. La leve blusa al aire le permitió palparla y darse cuenta de que estaba sin ropas interiores. Al sentir los senos, Felipe se excitó violentamente. Mimila, agradecida por la ayuda brindada, no soltaba la sogá pues, de hacerlo, la acémila caería al despeñadero. Apoyando ambos pies en una roca sostenía fuertemente el ronزال con ambas manos y hacía tal resistencia que sus nalgas desnudas quedaron de perilla sobre las piernas de Felipe cuyo pájaro, tenso, se había ya liberado de su jaula o bragueta. Jamás a Pipe le hicieron falta lubricantes. Tenía, como los perros, el suyo propio. ¡Bendita sea la entrada del hijo de David en Jerusalén! ¡Hosanna! Y, al sentirse empalada, la mudita pudo a lo sumo lanzar graznidos de pelícano invalido con los ojos salidos de las órbitas, pero supo aguantarse del cabestro como virgen y mártir. Cumplida la faena, Felipe se ocupó de la borrica, tranquilizándola, y la amarró de un árbol. Llorando a todo trapo, la mudita se encerró en el bohío. Eso era lo que ansiaba Felipe. Cogió a la burra del ronزال y la condujo tras unos matorrales distantes de aquel sitio.

Bien encebado el cohete, se acercó a la borrica, quieta; quieta, la acarició en las ancas, no va a pasarte nada, mientras ella, nerviosa, movía el belfo, olía el aire y resollaba como frente a un peligro. Logró tranquilizarla, la hizo esperar delicias y, lindamente, le hundió el cohete hasta el tope sobándole la cola. De inmediato le dio fuego a la mecha y se hizo a un lado. Las chispas alocadas, chisporroteando, comenzaron a alebrestar a la ya inquieta jumenta que, presintiendo algo terrible, trató de eliminar aquel obstáculo y casi al expulsarlo sintió el gran estallido de la detonación. Aterrada, dio un brinco pirotécnico. ¡Satanás va de retro! Se volvió como loca dando colazos a diestra y a siniestra. ¿Qué pasó? ¿El fin del mundo? Tiraba coces, corría de un lado a otro, rozando. Al fin, paró la cola y, hecha un bólido, se perdió entre unas matas.

Ese domingo, después de la aspersion de agua bendita con aroma de incienso, la bendición de ramos y la antífona, se leyó el evangelio de San Mateo donde se dice que al llegar junto al monte de los Olivos, Jesús envió

a buscar a una borrica que estaba con su cría. Los apóstoles montaron a Jesús sobre el pollino y avanzaron hacia Jerusalén acompañados por una muchedumbre que iba blandiendo ramos y cantando **Gloria in excelsis Deo**.

Rebosantes de júbilo, los niños seguían tras la borrica, que dio la vuelta al pueblo y se acercaba al gran arco recubierto de flores y de cohetes.

María Adelaida se sentía satisfecha. También el padre Máximo. Los dos habían triunfado contra la terquedad de Papa Chente quien se negó rotundamente a consentir que la imagen de Jesús cabalgara sobre esa borriquita prostituida.

—Señores de la Junta, no se olviden que esa jumenta es puta. Sería un gran sacrilegio montar sobre sus lomos Jesús Nazareno.

María Adelaida supo hallar, por fortuna, la solución. ¡Eureka! Betín tenía su túnica y sus sandalias listas para hacer el papel de Nazareno. Se vería de primera con sus bucles dorados y su aire angelical.

¡Hosanna! ¡Hosanna!

La procesión iba acercándose al arco jerosolimitano. Betín posesionado de su gran rol mesiánico, sostenía con una mano la rienda y con la otra saludaba tal como lo hace el Niño Jesús de Praga.

Balbina iba a su lado con el ceño fruncido. Horas atrás, al llegar a la plazuela con la borrica enguinaldada, le había dicho a Malala:

—Yo no sé qué le pasa a la jumenta. Parece errática. Deben estar alerta. Cuiden al niño.

Vicente Barcia se había encarado con Balbina:

—Tu borrica es adúltera. Mancilla el rito. El próximo año no vamos a admitirla en la fiesta, La descartamos por viciosa. Mejor es que te compres un borrico.

—¿Con qué dinero, Chente? El que es pobre, ni plata tiene.

La antigua tradición exigía que las moñas de cohetes no estallaran sino cuando Jesús, pasado el arco, entrara en Jerusalén.

¡Hosanna! ¡Hosanna!

En ese instante, el Mogo Tin y Pipe, ambos a una, dieron fuego a los ruidosos petardos. Traumatizada por el terrible tránsito y la trácala, la borrica respingó alebrestada pues el tremendo traqueteo la retrotrajo al triste trance de otro trágico tronido tremebundo. ¿Qué cuento era ese de estarla transfregando por el trasero con tales trapisondas? Enloquecida, tiraba coces ensayando cabriolas como una endemoniada. Se formó el consabido plequepleque de carreras y gritos. ¡Huyan, carajo! ¡Atájenla! ¡Levanten a Betín!

Caído sobre piedras y vidrios, el Nazareno vociferaba con la cabeza herida y la sagrada túnica ensangrentada.

Las tres Marías, llorando, se llevaron a su casa al **eccehomo**.

—Que llamen enseguida al doctor Ladera.

La fiesta se deshizo. Por el suelo de esa Jerusalén desconchinfIada quedaron esparcidos los papelitos de colores entre restos de cohetes y trozos de guirnaldas.

A Betín, al curarlo, le talaron los bucles.

En la calle los chiquillos traviesos canturreaban en son de broma:

—**Dominus vobiscum.**

**El culo te lo pellizcum.**

## IV

### Pipe, el mero y el tiburón

Las cosas ocurrieron inesperadamente. Ese día bautizaron la chalupa de José Calandraca. Goyo Gancho bebía conmigo entre las piernas. Ya estaban bien en güimba cuando de pronto sugirió lo oportuno de estrenarla pescando un mero. Lócoro y Catarnica se entusiasmaron con la idea. Por fortuna llegó en ese momento Beto Cárcamo quien, por estar en sus cabales, advirtió que era peligroso llevarme. Yo estaba decidido a ir con mi tata, y Beto resolvió acompañarnos. Al poco tiempo surcábamos las aguas rumbo a los farallones de Sotavento.

Llevaban una panga a remolque porque en ella es más fácil seguir al peje cuando recibe el arponazo y arranca a huir furioso.

Como habíamos llegado y estábamos a un paso de los acantilados, Barrejobo dio la orden de arriar las velas y echar el ancla.

Goyo Gancho tenía siempre consigo dos arpones por si uno le fallaba. Nunca se sabe.

Subió a la panga. El niño quiso ir con el papá. Previendo algún peligro, Beto Cárcamo también saltó a la panga y se dispuso a remar. La otra gente se quedó en la chalupa.

Goyo Gancho se aligeró de ropa quedando en pampanilla. Descalzo y con las piernas abiertas se acomodó en la proa con el arpón aferrado en la derecha y a medida que la panga avanzaba hacia los escollos él con la izquierda dirigía la maniobra.

La transparencia del agua verdemalva dejaba ver hasta las bolas de coral que como enormes coliflores calcáreas cubrían el fondo,

Soplaba una brisita agradable. Olía a salmuera y a mariscos. Con la cara apoyada al borde de la panga el niño miraba la claridad del agua y se extasiaba viendo pasar sardinas, pejesapos. aguamalas y algún cazón voraz.

Nadie chistaba. Se oía sólo el suave golpe de los remos en el agua o el graznido de unas cuantas gaviotas.

Todos tenían su anhelo puesto en la pesca. Por eso maldijeron cuando de pronto Beto Cárcamo distrajo la faena para llamarles la atención. Con el dedo señalaba hacia un punto. Carajo, era la aleta de un tiburón. Pipe, eufórico, quiso alertar al tata. Goyo Gancho, furioso, le hizo tal seña con tan airado golpe de ojos que enmudeció de pánico. Con el arpón alzado en la derecha Goyo daba a entender que tenía un mero a la vista y, haciendo señas con la izquierda, dirigía la maniobra de la panga para que Beto silenciara los remos y avanzara con mayor cautela, listo a inmovilizar la nave en el momento oportuno. Olvidando su miedo, Pipe miró hacia el fondo del agua. Al ver al mero casi lanza un chillido. Beto alzó el pie descalzo y lo tocó suavemente. Pudo frenarlo a tiempo y evitó un despropósito pues en ese momento Goyo Gancho se empinó firmemente sobre la proa, tensó los músculos de manera violenta con el arpón en alto y lo lanzó hacia el peje con un mugido. De inmediato, de un salto, se añingotó en la panga y se aferró de sus bordes. Beto guardó los remos rápidamente y, en cuclillas, esperó el remezón. Al sentirse clavado por el chuzo el animal dio sorpresivamente un violentísimo templón y se lanzó en formidable estampida sobre las olas. Los que se habían quedado en la chalupa lanzaron al unísono un grito aterrador y advertían el peligro.

—¡Pipe! ¡El niño!

—¡Se cayó! ¡Está en el agua!

—¡Cuidado! ¡El tiburón!

Sin perder un instante, Beto Cárcamo se lanzó de la panga y apresuradamente braceó hacia el niño.

Pipe sabía nadar, pero la sangre del mero podía haber despertado el apetito voraz del tiburón.

Mientras la panga, tirada por el mero, seguía veloz tras él marcando una honda estela de espumas, la chalupa procuraba acercarse a remo lento al niño tratando de no perder de vista el tiburón.